

EN F. LENA CUARESMA

Pasó el buen reinado de Momo, y, enterrada la sardina, resucita el abadejo.

Muchos forasteros de los pueblos inmediatos, que vinieron á presenciar las fiestas de la Locura, ya han regresado á sus casas para volver á las tareas ordinarias, dicho sea sin faltar.

En los pasados días se han divertido de lo lindo, y ahora se despiden llorosos de su patrono, que suele haberlo sido *honorario*, esto es, gratuito, respecto del huésped.



—¡Adiós, don Casto!—suele decir el forastero á su amigo, dándole un fuerte abrazo con grave detrimento de la levita, recién planchada y limpia con bencina—. No olvidaré el ratito del baile ni aquella careta que yo confundí con el alcalde de mi pueblo. El año que viene no faltaré; verá usted cómo nos divertimos.

Y el pagano, desasiéndose de los brazos de su amigo, le dice:

—Ya lo creo, hombre; por esta vez ya estamos divertidos; pero el año que viene pienso adelantar la Cuaresma dos semanas.

—¿Cómo?

—Pues que yo mando en mi casa, y el que venga aquí desde mañana, ayuno forzoso.

En las casas de huéspedes de veras, vamos, en esas que pagan ó deben pagar contribución, la época cuaresmal está en su apogeo.

El salado bacalao, en sus más variadas formas, la brecolera y demás hortalizas en sus múltiples manifestaciones, y el ayuno en sus terribles crueldades, se han presentado más amenazadores que el antiguo silicio y las redentoras disciplinas.

No es, pues, extraño que haya pupilos que renieguen de la patrona, y que hasta salgan desesperados á la calle y empuen el paraguas de un conocido para irse á comer una chuleta al primer fondique donde guisen carne.

Ni me extraña tampoco que luego vean en la calle una muchacha y se les figure un solomillo y piensen para sus adentros, sin acordarse de que llueve:



—¡Qué rica! Me la comería con muchísimas patatas.

Esta es la época en que bastantes maridos se ven precisados á engañar á su esposa, y no por deslealtades de amor, sino por amor al estómago.

Sé yo de un distinguido profesor que en su vida nunca comió fuera de casa, y que, ahora

no prueba en ella bocado, y su senora anda preocupadísima pensando que su esposo quiere suicidarse por hambre.



Y este sujeto come todos los días en casa de un amigo, enemigo del vegetalismo, y cuando en su casa le dice la criada: —«¡Señorito, á la mesa!», nuestro hombre pone una cara digna de Aqueronte, y exclama:

—Id vosotros y que Dios os lo tome en cuenta.

Candela.

EN LA TIERRA DE LOS BOERS

Historias interesantes.—El modo de hacer fortuna.—Los Hermanos Castinew.—Dos aventureros.—Al país del oro!—Penoso viaje.—Recién llegados.—El ejemplo.—Amos y esclavos.—Cómo se contrata allí.—El clam.—Su adquisición.—Trabajo y ansiedad.—Al fin!—El primer diamante.—Compra y venta.—Felicidades.—Epílogo.

Todo cuanto se refiere al Transvaal reviste en los actuales momentos una nota de actualidad muy marcada.

Mucho se ha escrito en estos días de la pequeña república sud-africana, y sin embargo no pocos hechos interesantes ocurridos en aquel privilegiado país han escapado á los narradores que de estos asuntos se ocuparon.

Sabido es que en el Estado que hoy regenta Krüger, es donde más rápidamente se han hecho grandes fortunas, y ejemplo de ello es la historia de la de los hermanos Castinew, de Boston, que no parece sino el relato de una de esas novelas de viajes y aventuras actualmente tan en boga.

Jorge Castinew y Miguel Sand, dos jóvenes que andaban errantes por las calles de Londres, haciendo la vida de baja bohemia, decidieron escaparse al Transvaal, temerosos de caer en las redes del servicio militar y de ser castigados como desertores.

Puestos al habla con uno de los agentes de una compañía de emigración para el Brasil, lograron obtener algún dinero, muy poco, pero lo suficiente para emprender la marcha y burlar al agente.

A bordo de un pequeño *paillebot* de vela y durmiendo sobre cubierta, hicieron parte de la larga y penosa travesía, siendo después recogidos por un vapor que los dejó en el Cabo de Buena Esperanza.

Firmes en su propósito de llegar al país de los diamantes, á pie é implorando la caridad pública y sufriendo algunos encuentros de la policía llegaron al Orange, donde fueron contratados á buen sueldo para trabajar en una mina de Kimberley (Rhodesia.)

El ejemplo de otros mineros que como ellos habían llegado á Kimberley miseros y pobres y que ya poseían grandes fortunas, les hizo trabajar en poco tiempo cuanto antes habían vagueado.

Jorge Castinew trabajaba separado de su amigo Miguel Sand, pues ambos servían á distintos amos; pero Jorge prometió redimir con sus ahorros á Miguel y llevárselo consigo cuando llegara la ocasión.

La mayoría de estos obreros, venden su persona, más bien que su trabajo durante un largo plazo, á veces por años, y durante este tiempo pertenecen para el trabajo de la mina á su amo.

De ahí que Jorge y Miguel habían pactado un tanto alzado por sus faenas durante seis meses; pero mientras uno de ellos percibía una cantidad determinada cada mes á cuenta de aquél, Jorge logró conservar su precio entero, pues lo había recibido en dos solos plazos á cuyas sumas no tuvo necesidad de tocar, pues ambos vivían de la soldada de Miguel.

Cumplidos los seis meses y mores amos, Jorge compró un pequeño *clam*, esto es, una pequeña extensión de terreno donde podía cavar hasta encontrar el oro ó el diamante.

Ambos pusieron á trabajar desde el primer día con una actividad vertiginosa y febril, cavando primero y rebuscando con las manos en la tierra que arañaban, dejando en ella parte de sus uñas.

El *clam* no correspondía por su parte á estos heroísmos, pues en tres meses de improbos trabajos de noche y de día, descansando sólo tres ó cuatro horas, no vieron el menor asomo del anhelado oro y mucho menos de diamantes.

Pero una noche á la luz de la linterna, brilló un objeto. Miguel, que aunque se hallaba enfermo y extenuado removía la tierra febrilmente, tomó entre sus dedos el extraño cristal.

Era un diamante de gran tamaño que al día siguiente se valoraba en un millón seis mil francos, y por el que percibieron Jorge y Miguel al contado la respetable suma de 800.000 francos.

Esto ya, por sí sólo era una gran fortuna; pero la suerte siguió protegiendo á los dos hermanos, como ya los llamaban en Kimberley, y poco después abandonaban el Transvaal para fundar en Boston su gran comercio de diamantes, agencia de las minas mejores del Transvaal y del Alaska.

El famoso diamante fué adquirido por un comerciante chino, el cual lo negoció al Shah de Persia.

En Boston la casa de Castinew Hermanos todavía goza de un erédito extraordinario.

En cuanto á los primitivos hermanos, Miguel murió en París hará unos diez años y Jorge en Boston disfruta de una renta inmensa, retirado de los negocios, achacoso y enfermo.

LA PEOR SOLUCIÓN

(Oh, cuánto puede un gato forastero, y más siendo galán y bien hablado, de pelo rizo y rabo enortijado!)

LOPE DE VEGA.

Micifuz, hermoso gato humilde, de amable trato y de buenas intenciones (por más que en cazar ratones se entretuviera algún rato), fué á ver en cierta ocasión al tejado, á Zapirón, un amigo que tenía,

y á quien dicen que quería con todo su corazón.

El que á Zapirón le uniera esta profunda amistad, no obsta para que aquél fuera el gato más calavera de toda la vecindad.

Siempre tenía pensada alguna mala jugada ó alguna infame partida. Pues donde él iba, en seguida estaba la gresca armada.

Eran los gatos casados por Zapirón ultrajados tantos, que con fundamento creo yo que, á ser contados, excederían de ciento.

Tal fué siempre Zapirón.

Y á este solemne bribón fué Micifuz inocente! á ver en cierta ocasión, y le dijo lo siguiente:

—Tengo por necesidad y contra mi voluntad que hacer un viaje algo largo, y fiado en tu amistad te voy á dar un encargo.

—¿Cuál?

—Que cuides de mi esposa, que observes si está celosa de la ausencia de su esposo, y que veas, cauteloso, si falta en alguna cosa.

¿Lo harás así?

—No que no,

Zapirón le contestó:

Lo que es por eso, descuida.

Y Micifuz en seguida tranquilo el viaje emprendió.

¿Qué halló de nuevo al volver?

Lo que él no había pensado que pudiera suceder.

¡Que se le había fugado con Zapirón, su mujer!

Maldijo la ligereza de su amigo, y tal tristeza le ocasionó este deslíz, que se tiró de cabeza á la calle el infeliz.

No halló remedio mejor para mitigar sus males, Y ahora, vea usted, lector, cómo el hombre es superior á todos los animales.

A mí, en caso parecido, se me hubieran ocurrido trescientas mil soluciones. ¿Pero suicidarme? ¡Nones! ¡Lo que es yo no me suicido!

Alberto Casañal.



CASTILLO FEUDAL.—(Cuadro de A. Ruiz Conejo.)